

cia, cuya fealdad repelía formalmente á los italianos, sensibles de un modo especial en este concepto (1), fraguaba en su cabeza los más extensos planes. Tenía intención de conquistar el Reino de Nápoles, y coger á Italia entre el nuevo dominio francés y la metrópoli; ganar un imperio—¿cuál?, si el romano de Oriente ó de Occidente, quedaba por entonces indeciso,—haciendo de nuevo el Pontificado dependiente de Francia, y á sí mismo Señor de Europa». Por lo que toca á la guerra prometida por el Rey contra los turcos para la conquista de Jerusalén, no deja de ofrecer dificultades el creer en la seriedad de semejante designio. Pero sin duda alguna la expedición á Italia, por todos conceptos extraordinariamente atractiva para un conquistador, era obra personal suya; en sus consejeros y generales sólo había hallado Carlos VIII estorbos, y su pobre pueblo no quería oír hablar de una sangrienta guerra de conquista. Mas el Rey impuso su voluntad y dirigió aquella empresa, que había de tener por consecuencia un completo trastorno en el estado actual de las relaciones mutuas de los Estados del Sud y Sudoeste de Europa (2).

Florenza en la obra de Delaborde (sobre el busto, cf. Reymond en el Bull. archéol. 1895), y allí mismo, 241, un retrato todavía más horroroso, cuyo original se halla en la biblioteca nacional de París. En la firma de Carlos VIII, cuyo facsímile trae Delaborde, 245, se dejan ver los movimientos nerviosos de sus manos, mencionados por Contarini.

(1) Lo Re di Francia, escribe Sebastiano da Branca de' Talini, era lo piu scontroffatto homo che viddi alli di miei, piccolino, ciamaruto, lo piu brutto viso che havesse mai homo. Creighton IV, 292; aquí mismo, III, 191, nota 1, hay todavía otras sentencias de italianos. Carlos VIII era en efecto, cuanto al cuerpo, el verdadero contraste de Felipe el Hermoso, á quien Villani, Cronica, IV, 4, llama il piu bello Cristiano che si trovasse al suo tempo.

(2) Höfler, Joh. v. Brandenburg, 7, y Markgraf en Sybels Hist. Zeitschr. LXV, 552. V. también Fumi, Alessandro VI, 17.

### CAPÍTULO III

**Marcha triunfal de Carlos VIII por Lombardía y Toscana hacia Roma.—Apuros y falta de consejo de Alejandro VI.—Ostia en posesión de los Colonna.—Defección de los Orsini.—Los franceses en Roma.**

«Pronto verás cuál los tiranos caen  
y toda Italia es conquistada,  
en su hondo oprobio, en su vergüenza y daño  
Pronto también serás tú presa, ¡oh Roma!  
¡La espada veo del divino enojo  
sobre ti descargarse! El tiempo es breve  
y rápidos deslízanse los días.

.....  
Mi Señor quiere renovar la Iglesia  
de Cristo, y convertir á los gentiles,  
y habrá un solo Pastor y una grey sola.  
Mas antes toda Italia en luto acerbo  
verterá tanta sangre, que á muy pocos  
reducidos serán sus moradores».

En estas palabras condensa Fra Benedetto las profecías de su maestro Savonarola; el cual había anunciado, en los sermones cuaresmales de 1494, el advenimiento de un nuevo Ciro, que cruzaría victoriosamente la Italia sin hallar resistencia ni romper una lanza (1).

(1) Villari, Savonarola (edición alemana), I, 134. Cf. arriba p. 143.

El Ciro redivivo realizó, á 5 de Septiembre de 1494, su entrada en Turín, y aunque hubiera sido Carlos VIII el soberano de Saboya, no se le hubiera podido disponer un recibimiento más brillante y alegre; y lo propio sucedió en todo el país. En Chieri salieron á su encuentro los niños, con las armas de Francia; en Asti le saludaron Luis Sforza, Hércules de Ferrara y el cardenal Juliano della Róvere. El monarca francés por su parte, ponía todos los medios para recordar las antiguas profecías, y causar viva impresión en la fantasía de los italianos. En la blanca bandera de seda de su ejército, se veían, junto á las armas de Francia, las palabras: «Voluntas Dei»; y «Missus á Deo» (enviado de Dios) (1).

Durante su permanencia en Asti, recibió Carlos la noticia de la victoria que su cuñado Luis de Orleáns había obtenido en Rapallo contra Federico de Aragón, y el efecto moral de este buen suceso, fué poderoso en Italia; pero en aquel momento se puso en contingencia la continuación de la empresa, por la repentina enfermedad de Carlos VIII. Con todo eso, el Rey se restableció pronto, y manifestó que perseveraba en su plan. A 14 de Octubre entró triunfalmente en Pavía, y á 18 llegó á Plasencia, donde un emisario del Papa hizo inútiles esfuerzos para obtener del Rey que renunciara á sus proyectos sobre Nápoles. En Plasencia recibió Carlos la noticia de la muerte del desgraciado duque de Milán, Juan Galeazzo. Luis el Moro consiguió entonces el objeto de sus deseos: el trono ducal de Milán (2). Poco después llegó la noticia de que Catalina Sforza y su hijo Octaviano se habían declarado por Francia, con lo cual comenzó en el teatro de la guerra de Romanía una mudanza desfavorable para Alfonso y Alejandro VI. Por el mismo tiempo pasaron las tropas de los franceses desde la Lunigiana el Col de la Cisa, y acamparon delante de la fortaleza de Sarzana (3).

(1) Delaborde, 397, 420. Balan, R. Boschetti I, 24. Grauert en el Hist. Jahrb. XVII, 819.

(2) El rumor que circuló en seguida (Malipiero VII, 320), de que Ludovico Moro (sobre su índole cf. Müntz, Renaiss. 216 s., 273) había envenenado á su hermano, según todo lo que parece no es fundado, como recientemente ha demostrado Magenta I, 535 s. Alejandro VI dió el pésame á L. Moro el 9 de Noviembre de 1494; v. Notizenblatt, 1856, 444 s. Sobre la investidura de Milán, que Maximiliano I concedió á Ludovico, v. Ulmann I, 225 s.

(3) Delaborde, 400 s., 406 s., 420, 427, 431-432. Cf. Arch. st. Napolit. IV, 786 s.

Las noticias sobre el incesante avance de los bárbaros extranjeros, produjeron en toda Italia una consternación indescriptible. Hasta entonces estaban acostumbrados á las guerras de burlas de los mercenarios; ahora se veía la guerra real, con todos sus horrores y toda su realidad sangrienta. La fama acrecentaba todavía más los hechos, y hablaba de muchedumbre inmensa de hombres gigantes, de caracteres salvajes y de armas invencibles (1). En Roma era todavía mayor el pánico, porque los Colonna y los Savelli, animados por Ascanio Sforza, se declararon en abierta rebelión. A 18 de Septiembre los Colonna llegaron á apoderarse á traición de Ostia, donde izaron la bandera francesa (2). La ocupación de la desembocadura del Tíber era tanto más amenazadora para Alejandro VI, cuanto que no tardaron en aparecer allí galeras francesas. El Papa temiendo también la pérdida de otras ciudades del Estado de la Iglesia (3), tomó consejo con Virginio Orsini, y se resolvió á hacer la guerra á los sublevados (4). A 6 de Octubre se les envió la última intimación para que depusieran las armas; se congregaron tropas y se resolvió enviar á Carlos VIII al cardenal Piccolomini. El monarca francés, en un escrito á sus embajadores en Roma, tomó abiertamente bajo su protección á los Colonna; y al propio tiempo, hizo anunciar al Papa, que había hecho voto de visitar los santos lugares de Roma y esperaba estar allí por la fiesta de Navidad (5).

Fué dicha para Alejandro VI, que los Colonna tuvieran pocos hombres de guerra; pues voluntad de dañar al Papa, no les faltaba. Así, se descubrió un proyecto que no tenía menor objetivo que

(1) Villari, Savonarola I, 203. Gaspari II, 339 s.; aquí, 337 s., deja ver el autor el eco que halló la gran calamidad nacional en las poesías de entonces. La crueldad de los franceses en la conquista de Rapallo aumentó el espanto; cf. F. Ricciardi da Pistoja, Ricordi, 4-5.

(2) Sigismondo de' Conti II, 65, quien dice de la ciudadela de Ostia: a qua urbs Roma propter comeatum quasi spiritum ducit. Cf. también Burchardi Diarium II, 186. Balan, 317 y la \*\*relación de Brognolo, fechada en Roma á 22 de Septiembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 22 de Septiembre de 1494, Alejandro VI escribió al dux sobre la perfidia et insolentia de los Colonna y Orsini y le pidió socorro; en 28 de Septiembre pidió á los soberanos de España que le ayudasen á reconquistar á Ostia. Estos \*breves se hallan en el *Archivo público de Venecia*.

(3) Cf. el breve á Orvieto, de 21 de Septiembre de 1494, publicado por Fumi, Alessandro VI, 73.

(4) \*\*Relación de Brognolo de 22 de Septiembre de 1494, loc. cit.

(5) Delaborde, 419-420. Cf. Thuasne, Djem-Sultan, 329.

apoderarse de Hixem, sublevar á Roma y detener al Papa; al propio tiempo debía estallar una rebelión en la parte sud del Estado de la Iglesia. Contra semejantes sorpresas procuraron asegurarse Alejandro VI y Alfonso, llevando á Hixem al castillo de Sant Angelo, proscribiendo á los Colonna y enviando tropas contra ellos. Mas aun cuando los Colonna no se hallaban en situación de realizar sus vastos planes; su rebelión tuvo, sin embargo, el efecto de embarazar al rey de Nápoles, para que no dificultara á los franceses con todas sus fuerzas su camino por la Romaña (1).

Carlos VIII había entretanto penetrado en Toscana; y de tal manera se le dejó de oponer resistencia, que los franceses se maravillaban de su propia fortuna. «El mismo Dios—exclama repetidas veces Commynes—favorece nuestra empresa.» Descubiertamente se mostraba la corrupción moral y política, velada por una cultura exquisita, de la Italia de entonces, la inmensa desunión y la miopía y egoísmo de los varios Estados. Piero de' Médici se dirigió á 26 de Octubre al campamento francés, y sin disparar un tiro, entregó al conquistador extranjero las plazas fuertes de su tierra. Pero, en vez de salvarle, este paso condujo directamente á la ruina al indigno hijo de Lorenzo. «Ha llegado la espada—exclamaba Savonarola á 1 de Noviembre, en el púlpito de la catedral de Florencia;—las profecías se cumplen, el castigo comienza; el Señor es quien trae ese ejército.» Al influjo de la poderosa palabra de aquel dominico se debe atribuir que, á pesar de la general excitación, no se produjeran en Florencia mayores excesos, y se realizara con relativa tranquilidad la inevitable caída de los Médici. A 9 de Noviembre se levantaron los florentinos al grito de: ¡Pueblo y libertad!—¡Abajo las Palle! (seis bolas rojas en campo de oro, blasón de los Médici); Piero de' Médici y su hermano el cardenal, huyeron, mientras la muchedumbre saqueaba su palacio y dispersaba sus preciosas colecciones artísticas (2).

(1) Cf. Desjardins I, 457-458; cf. 463-456, 467 s., 475. Ghirardacci, Storia di Bologna, escribe al año 1494: Il papa promette di fare cardinale Antonio Galeazzo figliolo del Sig. Giovanni con patto che non si dia il passo al Re di Francia. Cod. 768 de la Biblioteca de la Universidad de Bologna.

(2) Villari, Savonarola I<sup>o</sup>, 224 ss. Perrens, Hist. de Florence II, 69 ss., 84 ss. Sobre el saqueo del palacio de los Médici, cf. Delaborde, 445 s., y además Sigismondo de' Conti II, 72.

Carlos VIII había entrado en triunfo en Lucca á 8 de Noviembre. Allí encontró al cardenal Piccolomini, enviado por Alejandro VI para procurar un convenio (1); mas el monarca francés no le admitió á su presencia; él mismo quería ir á la Ciudad eterna para tratar directamente con el Papa (2). Lo que esto significara, no podía dudarle ni un instante Alejandro VI. El cardenal Piccolomini le había notificado ya á 4 de Noviembre, desde Lucca, que los franceses amenazaban, que su Rey iría á Roma para reformar la Iglesia (3). A 9 de Noviembre fué saludado Carlos VIII por los habitantes de la ciudad de Pisa, como su libertador de la tiranía de los florentinos; y allí recibió á Savonarola y á los otros enviados de Florencia. El atrevido dominico le saludó como Rey cristianísimo, enviado por el Señor para librar á Italia de sus sufrimientos y reformar la Iglesia; y le amonestó á que se mostrara misericordioso, en particular con Florencia; pues, de lo contrario, le castigaría Dios con terribles azotes (4).

A 17 de Noviembre llegó el ejército francés á la ciudad del Arno, festivamente engalanada. El pueblo gritaba: «¡Viva Francia!»; pero á las fiestas del recibimiento siguieron negociaciones que tomaron un giro difícil. Se llegó por fin á establecer las siguientes condiciones: Carlos recibió el título de protector y restaurador de la libertad florentina, y 12,000 ducados de oro; las fortalezas no debían estar ocupadas más allá de dos años; y en

(1) El nombramiento de legatus de latere para el rey francés, que recayó en la persona de Piccolomini, se hizo el 1 de Octubre; su partida se realizó el 17. \*Acta consist. del *Archivo consistorial*. Según esto, hay que corregir á Delaborde 447. El decreto para Piccolomini de 8 de Octubre de 1494, se halla en Raynald 1494 n.º 16. Alejandro VI anunció á Carlos VIII el envío próximo de Piccolomini, por un breve, fechado en Roma á 10 de Octubre de 1494. *Archivo público de Venecia*. La \*littera passus para el cardenal Piccolomini, ad car. in Christo filium nostrum Carolum Francor. regem ill. in presentiarum in partibus Italiae constitutum et ad universam Italiam ad quecunque ipsius Italiae loca, ad que eum declinare contingeret. Dat. Rom. 16. Cal. Nov. 1494, se halla en el Regest. 879, f. 294. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sanudo, Spediz. 110. Sigismondo de' Conti II, 71. Allegretti 830.

(3) Aiunt etiam multo vulgo inter illos iactari, regem Romam venturum et statum Romanae ecclesiae reformaturum. Carta del cardenal Piccolomini á Alejandro VI, fechada en Lucca á 4 de Noviembre de 1494, publicada por Acton 354, n.º 5. La \*carta sin duda está tomada de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*. Acton no indica su fuente.

(4) Villari, Savonarola I<sup>o</sup>, 239 s. Delaborde 447, 450. Perrens, Savonarola 143 s. é Hist. de Florence II, 81 s. Sobre las relaciones de Carlos VIII con Pisa v. Fanucci, Le relazioni di Pisa e Carlo VIII. Pisa 1892.

caso que terminase la guerra contra Nápoles, habían de restituirse antes. Quedó también acordado el destierro de los Médici (1).

Por este tiempo logró el hermano del cardenal Juliano sorprender, á diez millas de Ancona, á Bocciardo, que regresaba acompañado de un embajador turco, tomándole el dinero de la anualidad de Hixem, y toda la correspondencia que llevaba (2). Con este acaecimiento se ha querido relacionar el manifiesto que dirigió Carlos VIII, á 22 de Noviembre, á toda la Cristiandad, como si fuera al propio tiempo Emperador y Papa. En él declaraba, con las más grandilocuentes palabras, que sus intenciones no se dirigían á la conquista, sino que, á imitación de sus predecesores, pretendía sólo arruinar la potencia de los turcos y libertar la Tierra Santa; sólo para este fin quería tomar posesión del reino de Nápoles, que le pertenecía. Del Papa no deseaba otra cosa, sino que le diera libre paso y atendiera á su ejército en los Estados de la Iglesia; si esto se le negaba, estaba resuelto á obtenerlo por fuerza, y ya desde ahora protestaba contra todas las funestas consecuencias que se siguieran, y se reservaba renovar esta protesta ante toda la Iglesia y todos los príncipes cristianos, á quienes convocaba para la expedición contra los turcos. El manifiesto se publicó en latín y en francés, y muy pronto fué traducido también al alemán y reproducido por la imprenta (3).

Este escrito de Carlos VIII contenía, para Alejandro VI, la amenaza, ya apenas velada, del concilio y la deposición, y era la última presión que el monarca francés ejercía sobre el Papa. Car-

(1) Landucci 80 s. Sanudo, Spediz. 133 s. Simone Filipepi publicado por Villari-Casanova 456 s. F. Ricciardi da Pistoja, Ricordi 13 s. Delaborde 457 s. Perrens, Hist. de Florence II, 95 s. Arch. st. ital. 1. Serie I, 362-375; IV, 2, 47 s. Revue d'hist. dipl. I (1887), 593 s. Reumont en la Allg. Zeitung 1875, n.º 103 supl., se ha declarado contra Ranke, (Zur Kritik 17, 41), quien pone en duda la famosa escena entre Capponi y el secretario de Carlos VIII. Delaborde l. c. y Reinach en el Recueil des instructions aux ambassadeurs de France X (Paris 1893), XLVI son de opinión, que Guicciardini ha exagerado mucho las cosas.

(2) V. arriba p. 420, not. 3.

(3) Como una bula (sous la forme d'un bref, dice Pilorgerie 101) empieza el manifiesto (que se halla en Malipiero VIII, 325-327 y Sigismondo de' Conti II, 73-76, pero no con entera conformidad) con estas palabras: Carolus Dei gratia Francorum rex universis Christi fidelibus praesentes litteras inspecturis zelum catholicae fidei et salutem in domino sempiternam. Considerantes attentius etc. Cf. Delaborde 480-481. Heidenheimer, Correspondenz 541 ss. Thuasne, Djem-Sultan 340, se declara contra aquellos que ponen en relación el manifiesto con las cartas cogidas al embajador turco.

los VIII pudo esperar que por medio de este paso obtendría más pronto un éxito decisivo, por cuanto le era muy bien conocido el grande apuro en que el Papa se hallaba.

Las noticias acerca de los avances del francés, y la absoluta falta de esperanza de recibir auxilios de Venecia (1) ó de otra parte alguna, habían quitado á Alejandro VI, ya en Octubre, todos sus ánimos. El rey de Nápoles le apremiaba á que procediese con armas espirituales contra Carlos VIII y Luis el Moro; pero el Papa no accedió á ello. Alfonso se quejó también al embajador florentino de la economía de Alejandro VI, de su nepotismo y de su timidez (2); y fácilmente se saca de las relaciones del nombrado embajador, que Alfonso no se sentía ya seguro del apoyo del Papa. Alejandro VI se hallaba, en realidad, en muy mala situación. Los barones rebeldes hacían inseguras las cercanías de Roma; buques franceses enviaban continuamente refuerzos, así á los defensores de Ostia, como á los Colonna y los Savelli. Todos estos enemigos decían públicamente, que el rey de Francia haría deponer al Papa en un concilio. Cuáles fueran los sentimientos de Carlos lo descubriría su manifiesto de 22 de Noviembre, y en la comitiva del rey se hallaba un hombre que podía dar el mejor testimonio acerca de la simonía cometida en la elección de Alejandro: es á saber, el cardenal Juliano della Róvere. Alejandro VI miraba al porvenir con grande ansiedad, y Sanudo refiere expresamente, su temor de que Carlos decretaría su deposición y le opondría un anti-papa (3).

En tales circunstancias creíase, en el partido contrario, en la posibilidad de ganar todavía al Papa á última hora en favor de Francia. Dos tentativas se hicieron en este sentido: á 2 de Noviembre fué á Roma el cardenal Ascanio Sforza y celebró con el Papa

(1) En 5 de Julio de 1494, Alejandro VI anunciaba en un \*breve (*Archivo público de Venecia*) el envío del obispo de Calahorra; después, en 22 de Septiembre de 1494, pedía directamente la asistencia de Venecia (v. arriba p. 427), pero todo sin ningún éxito; cf. Desjardins I, 517. Cuán cautamente se portaron los venecianos respecto de Carlos VIII ya desde 1493, se saca de los documentos publicados por Perret, La mission de Péron de Baschi à Venise, en la Bibl. de l'École des chartes LII, 285-298.

(2) Cf. Desjardins, I, 466, 472, 477, 481, 483. Ya en una \*carta, fechada en Roma á 5 de Julio de 1494, habla Taberna de los intentos de nepotismo de Alejandro, quien quería enriquecer á los suyos con los bienes de los Colonna. *Archivo público de Milán*.

(3) Sanudo, Spediz. 115.

varias largas conferencias, la primera de las cuales duró ya cinco horas y no terminó hasta la media noche. Ascanio propuso eficazmente á Alejandro los peligros que le amenazaban por parte del monarca francés, y procuró moverle á una actitud neutral. Mas el Papa parece haber contestado, que antes quería perder su corona, su reino y su vida, que abandonar á Alfonso; y el hecho es que Alejandro meditaba por entonces la huída, y preguntó á Venecia si podría encontrar allí un asilo. A la salida de Ascanio hubo quien pretendió observar que iba con alegre rostro, y así muchos creyeron había obtenido una secreta inteligencia con el Papa (1); pero realmente no era así. Pocos días después hizo Pandolfo Collenuccio, por encargo del duque de Ferrara, una nueva tentativa de ganar á Alejandro VI para Francia; mas el Papa declaró, prefería abandonar á Roma, y aun perder su reino y su vida, á venir á ser esclavo del monarca francés, el cual quería alzarse con el señorío de toda Italia (2). Cuando á 14 de Noviembre llegó la noticia de que Carlos no había querido recibir al cardenal Piccolomini, se le envió en seguida, como nuevo legado, al cardenal francés Peraudi (3), con el encargo de comunicar á Carlos VIII, que Alejandro VI quería salirle al encuentro, para deliberar con él acerca de la cruzada. Mas el astuto Rey declinó este honor, declarando quería mostrar su reverencia al Papa en su propio palacio. Al propio tiempo logró el Rey ganar para sí enteramente

(1) Sanudo l. c. Burchardi Diarium, ed. Thuasne II, 194 s.; cf. 646 s. Bernardi I, 2, 36. Pertenece también á este lugar un \*\*breve de Alejandro VI á L. Moro, fechado en Roma á 26 de Octubre de 1494. *Archivo público de Milán*.

(2) Sobre la comisión de P. Collenuccio, v. las relaciones del Archivo público de Módena, publicadas por Balan V, 323 é I Papi ed i vespri Siciliani con doc. inediti (terza ediz. Roma 1882) 95. Probablemente pertenece á este tiempo una \*relación de embajador, desgraciadamente sin fecha, en cuya posdata se lee: Non mi pare anche tacere che presente lo ambax<sup>o</sup> Spagnolo la S<sup>ta</sup> Sua dixel chel Re de Franza la menazava de concilio et altre cose et quando se venesse a questo deliberava anche intendere se la muliere ha la Christ<sup>ma</sup> M<sup>ta</sup> Sua è vera muliere o femina e che procedería alle censure etc. Al che io rispose (sic!) che la S<sup>ta</sup> Sua volesse abstenirse da simile parole perche la doveva sapere che papa Innocentio provedete a questa cosa talmente che la Christ<sup>ma</sup> M<sup>ta</sup> Sua po tenere sanctam<sup>te</sup> la regina per sua vera consorte et che iterum la pregava ad non farne parola. *Archivo público de Milán*, s. d.

(3) \*Die 14 Novemb. 1494 litteris r<sup>mi</sup> d<sup>ni</sup> card<sup>is</sup> Senensis ad pontificem sacro senatui constitit, christianiss. regem Franciae se legatum noluisse admittere; ea de causa eo die car<sup>is</sup> Gurgensis (ms.: Cruccensis) regem adivit. Ex manuscriptis manu propria Juliani Secundi diaconi card<sup>is</sup> Caesarini temp. Alex. VI. et Julii II. S. P. Cod. XXXIII, 48. *Biblioteca Barberini de Roma*.

al cardenal Peraudi, sinceramente entusiasta de la cruzada. El fracaso de la política de Alejandro VI era completo (1). Desesperado, envió entonces como tercer mensajero al cardenal Sanseverino, que había estado un tiempo en Francia y pertenecía al partido de Ascanio, para detener el avance de los franceses; pero Carlos VIII le declaró también á él, que su firme resolución era celebrar la fiesta de Navidad con el Papa en Roma, y tratar allí todos los asuntos. Con precipitada celeridad (recorriendo en 36 horas las 100 millas que separan á Sena de Roma) llevó Sanseverino al Papa esta noticia (2). Poco después llegó la terrible nueva de que los habitantes de Viterbo habían abierto las puertas al enemigo; el gobernador pontificio había huído, y Virginio Orsini con los suyos había llegado tarde. El avance de los franceses fué tan súbito, que Julia Farnese, que se hallaba en camino, cayó en manos del enemigo; pero fué puesta en libertad poco después á solicitud de Alejandro VI. El embajador que da cuenta de esto cierra su relación con estas palabras: «El monarca francés no hallará en Roma la menor resistencia» (3).

El Papa buscó todavía por todas partes, en torno de sí, auxilio contra el terrible «peregrino». A 24 de Noviembre llamó al emisorio de Maximiliano, Príncipe de Anhalt. «Carlos VIII, decía, no sólo aspira al señorío de las regiones italianas que pertenecen al Imperio, sino al Imperio mismo. El (el Papa) jamás daría, es verdad, su consentimiento para esto, aun cuando le pusieran el cuchillo á la garganta.» A lo cual añadía la petición de que el Embajador moviera al Rey de Romanos á intervenir como protector de la Iglesia (4). También suplicó Alejandro VI á los embajadores de Venecia le dieran auxilio (5).

La confusión aumentaba en Roma de día en día. Por la parte

(1) Delaborde, 478; *ibid.* 403 habla el autor del celo de Peraudi por la cruzada. Cf. también Schneider, Peraudi, 35 ss., é *Hist. Jahrb.* VI, 456 s. Sobre el itinerario de Peraudi, cf. una \*carta del cardenal Piccolomini á Alejandro VI, fechada en Sena á 20 de Noviembre de 1494. En ella, el cardenal Piccolomini da el parabién al Papa con motivo del envío de Peraudi y advierte: Heri vesperi hanc urbem ingressus est rev. Car<sup>is</sup> Gurgensis. Yo hallé el original de esta carta en el precioso Cod. X, 174 de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Sanudo, Spediz. 146-147.

(3) V. en el apéndice, n.º 28, la \*relación de Brognolo de 29 de Noviembre de 1494. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Burchardi Diarium II, 198-199.

(5) Sanudo, Spediz. 149.